



EL CONSEJO
DEL BÚHO

MARÍA ENRIQUETA
CAMARILLO



NOVELAS en **TRÁNSITO**

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

EL CONSEJO
DEL BÚHO

MARÍA ENRIQUETA CAMARILLO

Carmen Boullosa

Presentación

Gabriela Flores

Edición

Novelas en Tránsito
Segunda Serie



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



FONCA

La novela corta. Una biblioteca virtual

www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO

Segunda Serie

Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL

Gabriel Manuel Enríquez Hernández, Verónica

Hernández Landa Valencia, Gustavo Jiménez Aguirre,

Eliff Lara Astorga y Luz América Viveros

ASISTENCIA EDITORIAL

Braulio Aguilar Velázquez y Karla Ximena Salinas Gallegos

María Enriqueta Camarillo, *El consejo del búbo*

Primera edición digital: 21 de junio de 2018

D.R. © 2018 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México

Esta obra literaria se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales, emisión 33-2017.

Diseño de la colección: Andrea Jiménez

Ilustración de portada: Gonzalo Fontano

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)

ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. La brújula de María Enriqueta Camarillo	
<i>Carmen Boulosa</i>	5
<i>El consejo del búbo</i>	17
Noticia del texto	59
María Enriqueta Camarillo. Trazo biográfico	61

PRESENTACIÓN

La brújula de María Enriqueta Camarillo

Carmen Boullosa

Querido lector: contén la tentación de leer *El consejo del búbo* como un relato simple, pero no evites disfrutar su limpia y firme trama, de trazo sobrio y clásico. Con este disfrute, la autora pondrá en tus manos la caja de su brújula.

La primer lectura consiste, pues, en tocar la caja circular de la brújula mariaenriquetiana. Nota, lector, su pulida forma, bien torneada y precisa; como es redonda, como tiene tapa y fondo, el principio y el destino final de su periplo embonan —no son lo mismo, pero calzan la una con el otro, y alientan a descubrir los secretos que hay atrás de cada línea del texto—. Con su aguja, apunta a direcciones de extensa, ancha y larga navegación en aguas diversas.

La crítica amó *El consejo del búbo* cuando apareció en el volumen *El misterio de su muerte* (1926), con otras

nueve novelas cortas, algunas de corte fantástico, algo no inusual en la autora, aunque no se acostumbre etiquetarla así —una injusticia, porque le resta atractivo para el lector contemporáneo, lo imaginario resiste, con relativa facilidad, los cambios de gusto.

El personaje principal, Tom, es un niño huérfano algo mayor que su compañera de aventuras, Mariucha; hay un búho y la talla en madera que lo reproduce, hecha por Tom. Estaremos en una aldea, un bosque, una ciudad, un campo y un tren, en un lugar indeterminado de cuyo nombre no quiso acordarse María Enriqueta.

La autora infunde precisión y fuerza a los personajes con trazos simples y gestos bien pintados, oportunos. En algunas imágenes, por lo dulce, compasivo y una pizca sentimental, recuerda a las de su (hasta cierto punto) contemporáneo Norman Rockwell, sin tener María Enriqueta algún tinte nacionalista, como el artista estadounidense.

La aguja de la brújula tiembla, palpitando: ¿por qué la autora llama a Tom con un apodo extranjero?, ¿lo marca como “el otro”?, ¿o simplemente porque le gustó el nombre? Me inclino por lo último, ya que la narración mariaenriquetiana nos sitúa en un lugar entre su natal Coatepec y la tierra de los hermanos Grimm, y escribe desde Madrid —los nombres mismos, Tom y

Mariucha, hablan de su paisaje plurivalente— y es una autora contando la historia de un varón (haciendo “yo” al “otro”). No percibo la posibilidad de que ella aluda a alguna extranjería u otredad.

Estate atento, lector, porque las posiciones de la astuta aguja mariaenriquetiana son tantas como las puntas de la Rosa de los Vientos del navegante.

Un inmediato avistamiento señalado por esta aguja nos dice que navegar en *El consejo del búho* es presenciar la muerte por decreto de la infancia, y su venturosa llegada al mundo adulto. No es, precisamente, una novela de iniciación, porque es una muerte súbita, un arribo abrupto, el niño es trasplantado de golpe de la infancia al mundo laboral.

Y tiembla la aguja: sí es una novela de iniciación. El proceso de iniciación está en los ejercicios imaginarios de los cuentos fantásticos que dice en alta voz el protagonista, y en que atrape al inalcanzable búho (el más secreto de todos los seres secretos) y lo represente en una figura de madera, regalándoselo a Mariucha. Tom da sus primeros pasos en la hombría frente a Mariucha, vía cuentos, caza y copiado en madera del búho, antes de partir al viaje en que aprenderá a ganarse la vida. (Una pequeña nota sobre este proceso iniciático: el varón infunde miedo con sus cuentos, ella se entrena en sentirlo; el varón caza lo salvaje y lo congela, ella des-

cubre en la captura una lisa, perfecta belleza; el varón se desconcierta ante el anuncio de su salida, ella quiere saber toda la verdad).

Anota, lector, que la aguja mariaenriquetiana (es una autora inteligente) pide tener presente el hecho de que el búho es un ave rapaz, solitaria y nocturna, que es de gran tamaño salvo excepciones, que la hembra es de mayor dimensión que el macho, y que ella es quien se queda asentada en el nido, alimentando a la cría, desmenuzando a la presa. Su cabeza gira el círculo completo, como la aguja de una brújula.

Otros avistamientos de la aguja: Tom, emigrando a la ciudad, llevará a los aparadores de la urbe lo nuevo, creará la moda. La ciudad no lo maltrata, lo recibe sin hostil maldad, lo ayuda a crecer y crear. La autora nos cuenta una fábula optimista sobre la migración rural. En la trama, el suyo parece ser un mundo sin Demonio.

De nuevo nos guía la aguja mariaenriquetiana: la narración, obvio, es sobre Tom y su viaje, y la niña Mariucha se queda atrás, pero también es otra cosa. Niño y niña corrieron juntos aventuras en el bosque y en los cuentos que inventaba Tom para transportarlos, viajaron en ellos, se embelesaron, hubo miedo, y hubo rendición. Bien dijo María Enriqueta: “El aeroplano es el más rápido para recorrer distancias. Pero el récord de

velocidad lo gana la imaginación” (en *Fantasia y realidad* de 1933), Tom y Mariucha volaron más rápido que el aeroplano cuando emprendieron la aventura vertiginosa de la imaginación.

Para María Enriqueta, Naturaleza es bondadosa. Sus dos personajes niños se pierden en un bosque tipo prado arbolado de novela pastoril, de bucolismo inocentón que nunca está fuera de moda, o tal vez sí. Como Naturaleza es una voz cuerda, apacible, armónica, es su maestra —aprenden de las hormigas su “voluntad admirable”, “su paciencia y su docilidad”, así como a ser obedientes, a no pelear entre ellos y a dar entierro al fallecido—. No es la libertad, sino un sentido de Humanidad lo que encuentran en Naturaleza los personajes mariaenriquetianos.

En la ciudad, Tom aprende el oficio de sastre, a hacer sus cuentas y a hablar otras lenguas, a vestirse, a comportarse, pero la ciudad no le enseña el tipo de lecciones que aprendió en el bosque. En la ciudad, no tiene recuerdos (o sus recuerdos no tienen cabida en la ciudad), vive en vértigo, sólo medita (un poquito) cuando salen de “día de campo” y se acuerda de su tío (al que yo llamo verdugo de su infancia, nunca lo piensa Tom). La ciudad, para la autora, no es el espacio de la memoria, sino el de la invención (en el caso de Tom, es el del vestido, la moda).

La aguja mariaenriquetiana para navegar por las aguas procelosas de lo que hoy se mienta como “roles de género” es, en su vibrante y perceptiva punta, polivalente o poliapuntante. Cierto que al iniciar el relato, Tom lleva la batuta, guía a Mariucha en el bosque, le muestra su secreto, le da un regalo que ha tallado con sus propias manos, actúa (atrapa y libera al búho), y cierto que él es quien deja el pueblo, quien sale a correr la aventura del viaje, quien aprende un oficio, gana dinero e independencia, y quien triunfa. Es de Tom la historia, ésta habla de él, mientras que ella queda borrada en el silencio, a la manera de una Penélope en la sombra, porque no sabemos si guisa, teje, muere (como asegura alguien), o se ha casado (otra versión). Cuando la reencontramos, trabaja en el hostel pueblerino, poda con sus tijeras las plantas del jardincillo y es la recepcionista.

Pero es cierto también que los dos, Tom y Mariucha, gobiernan sus propias tijeras, y que Tom, que había dominado Naturaleza al atrapar y enjaular al búho, regresará a la aldea obedeciendo al búho de madera, sometido por un mandato irresistible, irracional, dócil ante el llamado *mágico* que comanda Mariucha. Tom vuelve, pues, por la voluntad de esa mujer de tijera en mano, cuya voluntad puede operar a control remoto y desde la invisibilidad a la que se la había esquinado

(¿porque en las sombras cuaja mejor la oscuridad, y con esto el poder irracional de la magia?).

Otro avistamiento de la brújula mariaenriquetiana nos dice que el tema de esta novela corta es el amor, y nos orienta a explorarlo. La aguja mariaenriquetiana tiene lo suyo: si la tradición dice que el amor es “desobediente”, que rompe reglas, que es la libertad, ella parece indicarnos que el amor es obediente. El búho —que quiere dormir cuando el resto del bosque despierta, que desea el silencio cuando los otros cantan, que es más agresivo de lo esperado, que es lo extraño *per se*, y sobre todo el animal que no se domestica—, en su espejo (en la talla) será el emisario y el instigador a la lealtad amorosa. Amar es oír al búho —a la voz del rincón más remoto de Naturaleza—, amar es hacer hablar al búho. Pero (la aguja mariaenriquetiana vibra), si el búho libre es hostil (representa el amor desenfrenado, el amor pasión), ese búho “domado”, encarnado por la actuación de Tom, es el amor marital, el amor doméstico, al que brinda su origen lo “hostil”, “salvaje”, lo que es “libre” y también “natural, sin reglas o leyes”. Ése es el mejor amor (si es que existe). Amar, nos dice también esta narración, es ser leal a la infancia, o iniciarse en una adultez que acepta la memoria del niño. Y amar es aceptar volver al origen por el llamado de algo irracional, mágico, involunta-

rio. Es cazar lo inalcanzable, y es regalárselo al ser querido.

Ahora bien, en términos marienriquetenses, ¿el amor es de verdad obediencia? Si Tom hubiera obedecido al sentido común, no hubiera escuchado y “obedecido” al mandato del amor —¡a la voz de una figurilla de madera!—. Si las palabras literales de María Enriqueta Camarillo son un elogio —y una incitación— a la obediencia, ¿por qué entonces permitir esta desobediencia al sentido común? Lo interpreto así: siendo de sepa porfirista, esposa de diplomático, mientras el país pasa por períodos de inestabilidad gubernamental (los presidentes se cambian como calcetines) y luchas revolucionarias diversas, ella se aplica en seguir obediente a su profesión, que es, por su naturaleza literaria, fidelidad a la tradición y al mismo tiempo continua rebelión, desobediencia. En esta novela corta se representa este periplo.

Otro avistamiento a que nos lleva la brújula: nuestra novela corta es también sobre el dinero. La pobreza huérfana de Tom es un cautiverio, por ella, de tajo, una orden lo separará de Mariucha, a quien Tom tanto quiere. En cuanto él tiene dinero y comprende que él no es su esclavo, regresa a Mariucha —quien, dicho sea de paso—, también está en la aldea ganando dinero.

Mariucha, que no corrió la aventura de salir del pueblo y conquistar la urbe, que no quedó atrapada, vuelta adulta es una maga o un hada del bosque, y será la gobernadora de la voluntad de Tom. Ella es también la clave de la alegría de Tom, y el ingrediente de la fórmula del amor, así como el volver a casa. Por ella, Tom atendió al llamado oscuro del búho, asociado al bosque, a lo que no se domestica. Se puede meter en una jaula de oro, pero no se le domestica. Porque el amor, sí, tiene una excelente calidad libérrima.

Más interesante aún: Mariucha tiene el poder porque Tom le regaló “su” búho tallado en madera, amar es una labor de dos.

Volviendo aquello de los “roles de género”, algo que no dice la brújula, y que ya recontrasabemos: nuestra brújula es hechura de una mujer, María Enriqueta Camarillo. Prolífica, exitosa, sin hijos, no atada a su pueblo, libre, dueña de su imaginación y sobre todo de su pluma (un texto suyo, “Visita misteriosa”, cuenta la visita de una mujer velada que resulta ser su pluma, quien llega para reclamarle la vida triste que le da, porque sólo quiere hacerla llorar y vestir de negro. Es algo burlón, y el blanco de sus burlas es ella misma. Puede consultarse en <http://casamuseomariaenriqueta.com/Resources/Pages/tapizVida.html>). María En-

riqueta hace lo que le da la gana porque es dueña de su pluma, y lo es por completo, con una escritura diáfana, e insisto: no simplona.

Ella, la Camarillo, es la bruja, el hada o el poder mayor. Domina la situación y los personajes, controla sus destinos.

La aguja valiente de nuestra autora, pues, también apunta al silencio, a las sombras, a lo sin lenguaje.

Por mi parte, en una coda, preasumo que el búho, en su jaula de oro, en su vivienda citadina, también encarna el significado de la imagen de la fémina ensartada en el binomio casa=cautiverio (casa-espacio doméstico-esclavitud).

Entiéndase esta coda porque toda brújula requiere calibración, y el texto (nuestra aguja, nuestra y regalo de María Enriqueta Camarillo), inevitable, es calibrado (calibrada, si es aguja) por los ojos del lector. En última instancia, la tradición dicta: a las brujas hay que atraparlas.

Porque aquí, en estas líneas, al pensarla, empecé con una brújula, y acabé con una bruja: ella, María Enriqueta, fue quien me hizo trocar la mirada de un objeto (el búho tallado en madera) a un ser (la autora). Tal vez le disgustaría: ella escribió en su libro *Enigma y símbolo* (1926), “Más fieles que las almas, son las cosas”.

EL CONSEJO DEL BÚHO

Tom terminó de tallar con su navaja aquel búho, y, entregándoselo a su pequeña amiga Mariucha, le dijo:

—Tómalo; es para ti.

La niña, transportada de júbilo, tendió sus delicadas manos para recibir el hermoso regalo. Era un búho delicioso, enigmático, de ojos encapotados y sombríos, de pupilas misteriosas, de garras medio escondidas entre un plumaje que no parecía de madera, sino que afectaba tener las suavidades y el brillo del raso.

Mariucha pasó repetidas veces las manos sobre el ave. Resbalaban deliciosamente, sin tropiezo alguno, como si acariciasen un terciopelo. Después clavó sus ojos en los del pájaro: parecían reales, aquellas pupilas fijas tenían un gran poder hipnótico.

—No comprendo —dijo Mariucha— qué es lo que has hecho para que te quedase tan bien.

—Lo he copiado de un búho verdadero —repuso Tom—. Hace ocho días que lo cogí, y lo he tenido en

una jaula, escondido en el bosque, para que tú no lo descubrieras. Si quieres verlo, ven conmigo.

Mariucha se levantó del césped, y los dos chicuelos, corriendo precipitadamente, cruzaron el resto del llano y se internaron en el bosque.

Un rumor fuerte, como de mar agitado, bajaba de los árboles, balanceados por el viento. Los pinos se apretaban cada vez más, y la sombra se hacía más y más densa. Cualquiera se hubiese perdido entre aquel sinnúmero de troncos, todos recios, todos oscuros, todos diseminados a iguales distancias; pero Mariucha y Tom conocían tanto aquellos sitios, que hubiesen podido cruzarlos llevando los ojos cerrados. Para ellos había veredas y rutas tan bien marcadas, como lo están las calles en un plano de ciudad. Por la derecha se encaminaban hacia el pino *abuelo*, como llamaban a un árbol altísimo en cuyo tronco, liso y grueso, Tom había grabado con gran habilidad dos niños cogidos de la mano, que representaban a Mariucha y a su amigo; por la izquierda estaba el gran hormiguero, fuente de observaciones, y hasta enseñanza de la caridad, del trabajo, de la humildad y de otras muchas virtudes cristianas que a veces faltan en las moradas de los hombres. Tom y Mariucha pasaban horas enteras ante aquel hormiguero. Sin saber que tenían testigos, las hormigas iban y venían atareadas, cumpliendo con

sus encomiendas. Las unas se dedicaban a enterrar a las muertas; otras volvían con cargas diez veces mayores que ellas; éstas, se llevaban la tierra inútil y mala; aquéllas, traían la tierra nueva y rica, que olía a salud y a frescura; todas cambiaban ideas al encontrarse en el camino. La organización de aquel ejército era perfecta. Había hormigas policías que cuidaban el orden y hormigas jueces que imponían castigos.

¡Cuántas veces Tom o Mariucha, cogidos de momento por la pereza, habían encontrado difícil cumplir alguna obligación impuesta por sus mayores! Mas recordando la voluntad admirable de las hormigas, su paciencia y su docilidad, sentían que el rubor les subía a las mejillas, y se apresuraban a cumplir con los mandatos.

Siguiendo el ejemplo de las hormigas, cuando murió la gallina blanca y negra, que era la favorita de los dos chicuelos, éstos no fueron a tirarla al monte, como hacían los vecinos del pueblo con todo animal que rendía el aliento, sino que cavaron un hoyo profundo y allí la enterraron cuidadosamente.

A ejemplo de las hormigas, Tom y Mariucha vivían en paz perfecta. Jamás reñían, jamás disputaban. El acuerdo entre los dos era completo.

Apenas tenían un momento libre, salían de sus casas, que estaban contiguas, y se lanzaban hacia el bosque. Por eso lo conocían como a sus manos.

Y cuando no visitaban el hormiguero se iban al árbol de la ardilla; un corpulento sabino en cuyo tronco, horadado ampliamente, habitaba la más graciosa y simpática ardilla que se ha visto. Merced a la astucia y a la maña, Tom y Mariucha se habían hecho amigos de aquel animalito, al que llevaban migajas de pan y pedacillos de azúcar. Muchas horas muertas de domingo pasaban los niños, casi inmóviles, sentados frente al sabino, intentando prestar confianza a la ardilla, que, meses después, iba y venía ante ellos con toda naturalidad, deteniéndose a sus pies para recoger las migajas o la fruta.

Otras veces, los dos amigos llevaban su merienda al bosque y, ya sobre el césped o ya sobre la amplia copa de alguno de tantos árboles, la saboreaban con delicia, arrullados por el susurro suave de los follajes y por el canto de los pájaros.

—¡Cuéntame un cuento! —suplicaba a veces Mariucha dirigiéndose a su amigo.

Y Tom, que era un poco mayor que la niña, se sentía paternal ante esa súplica, y, adoptando una actitud muy seria, comenzaba:

—Pues, señor, éste era un brujo muy malo, que vivía en el flanco de una montaña...

Mariucha se reclinaba cómodamente sobre el tronco que estaba detrás de ella, estiraba los pies y, entrecerrando los ojos, se aprestaba a escuchar el relato de su amigo.

Pero como en aquel largo cuento había horribles cabras que se volvían personas, pajarracos con cuerpos de leones y niños asados en las brasas, Mariucha empezaba a sentir el escalofrío del miedo. Tom, exaltado por su propia imaginación, que era grande y ardiente, aumentaba el número de los crímenes que el brujo cometía a mansalva, y cuando veía que su amiga se acercaba más a él, demandando la protección de su brazo de hombre, un gran orgullo le bañaba el corazón, y entonces, cambiando el tema de su cuento, pasaba violentamente de la parrilla donde el niño se achicharraba, al jardín maravilloso del hada Florinda, en el cual vivía el mirlo encantado que con el tiempo tomaría de nuevo su primitiva forma de príncipe.

La sonrisa y la tranquilidad volvían a los labios y al espíritu de Mariucha. Porque, pensad: ¡un mirlo que espera tan sólo el golpe de alguna varita mágica para convertirse en príncipe!... ¿No es deliciosa y alentadora esa esperanza? ¿No es ella sola capaz de alegrar y confortar un alma entenebrecida por las sombras del terror?

Mariucha sonreía y, cuando ella plegaba así los labios, a Tom le parecía que el bosque se iluminaba con una luz hermosa y nueva.

Pero volvamos a nuestro relato, que se ha quedado muy lejos. Decíamos que Mariucha, después de

pasar muchas veces la mano sobre el búho de madera que su amigo acababa de regalarle, fue invitada por Tom para ir al bosque a ver el pájaro vivo que le había servido de modelo.

—¿Y cómo lo has cogido? —le preguntó Mariucha mientras corrían entre los troncos.

—Hace ocho días que lo apresé —respondióle Tom—. Estaba dormido en una rama de nuestra encina. Cuando abrió los ojos, ya se encontró cogido entre mis manos. Brincó, aleteó, me hundió las garras, me picó... pero nada pudo valerle. Me lo llevé conmigo a casa, lo metí en la jaula que estaba en el cobertizo, y lo traje de nuevo al árbol para que tú no pudieses verlo. Y aquí mismo, subido en la encina y teniendo enfrente al preso, he labrado mi búho.

—¡El mío! —gritó con vehemencia Mariucha—. ¿No dices que me lo regalas?

—¡Pues si lo hice para ti! —respondió inmediatamente el artista, dulcificando la voz—. Ya sabes que es tuyo.

Los dos amigos llegaron a la encina. Tom trepó violentamente por el tronco y, tras atar la jaula con un bramante, la hizo bajar poco a poco hasta que Mariucha la recibió en sus manos. Después, casi vertiginosamente, el chiquillo saltó de rama en rama, se dejó resbalar por el tronco, lo mismo que una lagartija, y en un santiamén estuvo en el suelo.

—¿Qué te parece el bicho? —preguntó a su amiga, ansioso de oír la respuesta.

—Me parece —dijo Mariucha sin dejar de observar al búho— que la copia es exacta. No sé cómo has podido hacer un animal tan difícil. Porque hay que ver cómo tiene los ojos... las pupilas le giran como una ruleta, y las plumas de la cara forman círculos. Y luego ¡ese entrecejo!... Parece un monje. ¿En qué estará pensando?

—Se dice —repuso Tom, imitando sin quererlo la voz de su maestro—, se dice que el búho es un filósofo.

—¿Un filósofo? —repitió Mariucha—. ¿Y qué es eso? ¿Lo sabes tú?

—No muy bien —respondióle Tom, amedrentado un tanto por los ojos tan bellos y tan abiertos de su amiga, que parecían a veces adivinarlo todo, y que se fijaban en él con exigencia para pedirle respuestas exactas—. No lo sé muy bien; pero creo que un filósofo es un hombre que sabe mucho, que piensa mucho y que dice y aconseja las verdades, que son lo mejor.

El peso de tanta ciencia como dejaron caer en un momento los labios de Tom, puso a Mariucha pensativa.

Fijó los ojos en el búho y se absorbió en su contemplación. ¡Qué animal más extraño! No hacía frío, y él hundía la cabeza cuanto podía, envolviéndose en su plumaje espeso y erizado. El bosque, pleno de vida,

se estremecía por todas partes, como un gigante que se espereza al despertar. En cambio, el búho luchaba por dormir y entrecerraba los ojos.

—Tiene mucho sueño —dijo Mariucha.

Pero Tom respondió con suficiencia:

—No; es que quiere aislarse. Como piensa tanto, los ruidos del bosque le estorban.

En ese momento, un mirlo entonó su canto. El búho, casi asustado, abrió violentamente los ojos, y en seguida los cerró de nuevo.

—¿Ya lo ves? —insistió el observador—. Le enoja todo ruido.

—Pero si ese no es un ruido, sino un canto.

—Para un filósofo, el canto debe ser un ruido. Porque el canto no es cosa seria, y al filósofo le gusta lo grave, lo juicioso, lo profundo.

Mariucha volvió a fijar los ojos en el pájaro, y luego preguntó:

—¿Qué diría si hablara?

—Ya te he explicado que sólo podría decir verdades y dar consejos útiles, porque... tú misma lo has dicho: parece un monje; y ya ves que los monjes son los que predicán en las iglesias.

—Y tú —dijo Mariucha dirigiéndose a su amigo— ¿harías lo que te mandara un búho?

—Como un búho, es decir, como un filósofo no

puede mandar sino aquello que es útil y conveniente, yo haría a ojos cerrados lo que un búho me dijera...

Iba a responder Mariucha, cuando unos pasos precipitados se oyeron en el bosque, y un momento después apareció el tío Lucas, padrino de Tom, con el cual vivía el chiquillo desde la muerte de sus padres.

—¡Por fin quedó ya arreglado el asunto! —dijo el hombre con voz de alegría, dirigiéndose al niño—. Todo está definitivamente arreglado. He aquí la carta que esperaba con tanta ansiedad: Varidel, el gran cortador, el sastre más hábil que se ha conocido, consiente en recibirte, y te espera en la ciudad para enseñarte el oficio. ¡Dios sea loado, querido Tom! Tendrás que marcharte en seguida. Varidel me ofrece que, mediante tu buena voluntad, hará de ti un hombre útil y honrado. Conque ya ves que hay razón para el contento que me adviertes. Pero... ¿qué veo? ¿Os ponéis tristes los dos?...

Efectivamente, los rostros de Tom y de Mariucha se habían nublado con una sombra de melancolía.

—¿Qué tenéis, pequeños? —insistió el tío Lucas, fijando en ellos sus ojos asombrados.

Pero los labios de los niños no se abrían.

Por fin, después de una larga pausa, Mariucha se aventuró a decir:

—¿Está muy lejos la ciudad adonde Tom tiene que ir?

—Hay un día de camino en ferrocarril.

Mariucha sintió que esta distancia era tan larga como de la Tierra a la Luna.

—¿Y cuándo vuelve Tom? —preguntó la niña, dispuesta, como siempre, a saber las verdades.

—Tom volverá cuando ya sea un hombre. —Estas palabras, que eran tan sencillas y reconfortantes para el tío Lucas, fueron como un golpe de martillo en el corazón de Mariucha.

Tom guardaba un completo silencio. Parecía profundamente interesado en observar el búho, que parpadeaba de continuo, como si estuviese atento a lo que se decía.

—Pero cuéntame, hijo mío —agregó el tío Lucas, deteniéndose por primera vez ante la jaula del pájaro—, ¿cómo has podido coger ese bicho?

Tom seguía callado, cual si no escuchase las preguntas de su tío.

—Lo ha cogido en la encina, cuando estaba dormido —respondió Mariucha, tratando de ahorrar a su amigo una respuesta que acaso le costase mucho trabajo en aquellos momentos—. Es un pájaro filósofo.

—¿Sí? —dijo el tío Lucas, pensando ya en las cosas prácticas—. Partamos en seguida, porque hay que preparar la maleta y es preciso hacer otros muchos arreglos. Necesitamos aprovechar la vacante que deja un

mal aprendiz en casa de Varidel. No todos los días hay gangas de esas...

Tom, siempre en silencio, se había levantado del suelo y con la jaula del búho en la mano empezaba a caminar tras de su tío.

—Pero ¡vamos! —dijo el viejo Lucas—. ¿A dónde llevas ese pajarraco tan feo? Dale libertad antes de salir del bosque.

Tom, maquinalmente, abrió la puerta de la jaula, y el búho, con una violencia de que no se le hubiese creído capaz, huyó volando hacia los pinos.

Mariucha se asió del brazo de Tom, como si con la huida del pájaro su amigo se considerara solo y necesitase más cercana compañía, y, apretando contra su pecho el búho de madera tallado por Tom, caminó con éste detrás del tío Lucas.

Por primera vez los dos niños cruzaron el bosque sin ver ni oír lo que pasaba en él. Parecían dos autómatas cuyo papel era seguir a aquel hombre que iba apresurado ante ellos.

Cuando los tres llegaron a la casa del tío Lucas, Mariucha, apretando aún el búho contra su pecho y, sin soltar el brazo de su amigo, se atrevió a preguntar:

—¿Hoy mismo sale Tom para la ciudad?

—No, pequeña —dijo al punto el tío Lucas, sonriendo al ver que la niña juzgaba tan fácil el arreglo de

un viaje—. Se irá mañana tal vez. Di a tu madre que esta noche pasaremos por allá para que Tom se despidiera de vosotros.

Mariucha juzgó llegado el momento de soltar el brazo de su amigo, y, clavando en él una mirada que las lágrimas hacían borrosa, avanzó hacia su casa sin decir una palabra más.

Tom siguió a su padrino, y sin hacer preguntas, sin comentar el caso, con la resignación del niño pobre y huérfano cuyo deber es la obediencia, se aplicó a sacar una por una sus prendas de ropa, y fue colocándolas en orden sobre el lecho, mientras su padrino repetía con júbilo:

—¡Una ganga, una verdadera ganga!... Ve que ser aprendiz de Varidel no es poco. Hay que hacerse cargo de ello. ¡Una casa tan acreditada como esa, que se halla en calle tan principal!... En un momento sabrás cortar elegantes trajes, y en otro momento serás ya un hombre con oficio, que trabaje por su propia cuenta. ¡Vamos, que Dios y la fortuna se han unido para ayudarte! Hoy mismo compraré tu billete, y mañana por la tarde saldrás para allá. Si hay que recoser alguna prenda, entrégasela inmediatamente a Cruz. Ya podrás imaginar lo mucho que voy a extrañarte, porque esa pobre vieja coja y sorda, no presta gran compañía; pero es mi obligación sacrificarme. Necesito ponerte al abrigo de la miseria. Yo tengo que morirme el mejor

día y, como no poseo ni un trasto viejo que dejar, es de mi deber encarrilarte por el camino más rápido que te lleve a ganarte la vida. Siquiera eres fuerte y llevas contigo lo mejor, que es la obediencia; con ella y con tu aplicación cuento para que pronto seas un hombre de provecho. Varidel era un chiquillo como tú, que vivía junto a mi casa, y ahora... ahora le hace los trajes al rey... ¿Quieres más? ¿Y por qué tú no habías de llegar a eso mismo? Con la constancia y el empeño se consigue todo. Vamos a ver.

El pobre tío Lucas mostraba sus ideas con la sencillez del hombre que ha vivido ya y que está acostumbrado a batirse briosa y serenamente con la vida; pero para Tom, que apenas se abría a ella, cada palabra de su padrino era un golpe.

¡Dejar al tío Lucas, a quien veía como a un padre! ¡Dejar aquella casa en cuyos recovecos tenía guardadas tantas cosas y tantos recuerdos! ¡Dejar la aldea, dejar el bosque; dejar las ardillas, los hormigueros, los árboles amigos! ¡Ir a vivir con un hombre a quien jamás se ha visto! ¡Ir a cortar casacas para caballeros, y, sobre todo, no volver nunca más a jugar con Mariucha, no saber más de ella!... Todo esto era tan extraordinario, tan imprevisto, tan doloroso, que Tom no atinaba a hablar palabra ni a formar el plan de los últimos momentos que iba a pasar en su aldea natal.

Como un vértigo se llegó la noche, y, siempre como un autómatas, el niño se vio de pronto acompañado de su padrino, visitando la casa de Mariucha. Iban a despedirse, porque Tom partía para la ciudad al día siguiente. La señora Angélica, madre de la niña, felicitaba al tío Lucas por la buena plaza que había conseguido para su ahijado.

—Los años corren en un momento —decía la buena señora con una naturalidad incomprensible para Tom—, los años vuelan, y el día menos pensado veremos llegar a este chiquillo hecho un hombre, y hasta convertido en un caballero elegante... porque aprendiendo a cortar y a vestirse en casa de Varidel... no podrá ser de otro modo. Y si no es mucho predecir, quizá no quiera ya ni hablarnos, avergonzado de tratar con gente campesina... porque pensad no más: ¡un lujoso caballero que llega de la corte!...

Las voces de todos eran cariñosas y halagüeñas; pero Tom y Mariucha, sentados al fin del estrado, no las oían como sonidos, sino que las sentían como dardos que se les clavaban en el alma. Ellos sólo sabían que iban a separarse para siempre, y se figuraban asistir cada uno por su lado al entierro del otro.

Como Tom era de continuo el objeto de las conversaciones, nada pudo decir Mariucha a su amigo ni éste a la niña.

Al dar las diez de la noche, el tío Lucas se levantó. La señora Angélica abrazó fuertemente a Tom, y éste salió de la casa sin haber dicho palabra a nadie, y menos a su amiga.

La noche fue larga y dolorosa para el niño. Muy poco durmió en ella. Su imaginación, como una sombra vagabunda, recorrió con Mariucha todas las veredas del bosque, cazando por la última vez ratoncillos del campo, lagartijas y camaleones. Pálido y casi extenuado, salió muy temprano del lecho. Ya el tío Lucas le esperaba para el arreglo de tanta cosa como había que preparar.

El día fue otro vértigo. Durante la mañana, el tío, siempre al lado de Tom, iba y venía con él, ya para ordenar la maleta, ya para acompañarlo a que se despidiese del cura y de otros amigos no menos respetables, ya para aconsejarlo e indicarle cuanto tenía que hacer. En todo esto se fue mucho tiempo. Comieron precipitadamente, y por la tarde la faena continuó. Cuando ya faltaba poco para la partida, Tom, después de pedir a su padrino que le permitiese despedirse otra vez de Mariucha, salió corriendo en busca de ella; mas el destino, que es muy cruel, no le otorgó este justo deseo. La niña había partido con sus padres para visitar a unos parientes en la aldea vecina.

—Pero ha dejado esto para ti —agregó la mujer que le abrió la puerta.

Y al decir de este modo, le entregó un pequeño papel escrito y un paquete muy bien envuelto y atado. Luego la puerta volvió a cerrarse.

Tom sintió que la casa le daba vueltas y que todo en su rededor estaba desolado y vacío como un desierto. ¿Conque iba a partir sin volver a ver a su amiga?... ¡Qué dolor!

Pero era preciso saber lo que decía ese papel. Temblando, lo desdobló y leyó en silencio lo que sigue:

Querido Tom:

Estoy muy triste de que te vayas, pero me alegro si es por tu bien. Ojalá que no te olvides de tu amiga Mariucha; y como aseguraste que harías a ciegas lo que te dijese un búho, te dejo el mío para que te lo lleves, pues le he encargado que te aconseje cosas buenas y que te haga volver algún día. Te abraza con mucho cariño,

Mariucha.

Tom sintió que las lágrimas le corrían ya por las mejillas. La carta, el búho, todo estaba empapado... ¿qué iba a decir su padrino al verle en ese estado lastimoso? Pero no era posible contenerse. Tom se recargó en el muro, y al arrimo de la parra que lo sombreaba, descargó por algún tiempo su llanto, como

lluvia contenida que al fin rompe las nubes y cae a torrentes...

Pero no podía pasarse allí la vida; era preciso que volviese a su casa. Guardó el papel en la blusilla oscura y, enjugándose los ojos cuidadosamente, se dirigió hacia la verja que separaba su jardín de la calle. En él estaba ya el tío Lucas esperándole.

—Partamos, hijo mío, que apenas tenemos tiempo...

Tom, de dos saltos, se internó en la salita y luego entró en la alcoba. ¿Qué iba a hacer? Una cosa tan sólo: dar un último vistazo al hogar que abandonaba. Salía y entraba por todas partes, como alguien que busca un objeto perdido.

—¡Hijo mío! —gritó de nuevo el tío Lucas, asegurando con fuerza el maletín que llevaba en la mano—. Ven de prisa, que el tren se nos escapa.

Tapándose la boca para reprimir el sollozo, corrió hacia afuera, llevando en los ojos el recuerdo de su lecho de niño, colocado en el rincón bajo una hermosa estampa del arcángel san Gabriel. ¡Todo se había perdido!...

Ese fue verdaderamente el último instante de la niñez de Tom, porque después, ya solo en el tren, sin el tío Lucas, sin Mariucha, sin su aldea, se sintió como con alma y cuerpo ajenos. Tom era ya un nuevo personaje que se encaminaba a su nuevo destino. El niño se había quedado atrás...

Cuatro días después, tenía ya su cuarto en la hermosa casa del cortador Varidel, que efectivamente se hallaba en calle muy principal.

Los salones para la prueba de trajes parecían de castillo encantado: estaban adornados con altísimas plantas, y en los muros había gigantescos espejos con marcos florentinos.

Varidel era un completo caballero, vestido irrepresiblemente.

—Me alegro mucho —había dicho a Tom cuando le vio llegar—, me alegro mucho de que vengas a trabajar conmigo. Has de saber que soy paisano tuyo, porque nací en tu pueblo. Tus padres y tu padrino fueron amigos que mucho quise; algunos favores les debí. Mis hijos son de esta corte, pues hace veinte años que yo vivo aquí; pero quiero con toda el alma lo de allá. Así, pondré gran empeño en formarte, y haré de ti un buen cortador. ¿Tienes alguna disposición para esto?

—No lo sé —habíale respondido Tom, mirándose con timidez la blusilla mal forjada que llevaba encima—. Nunca he cortado trapo alguno con las tijeras.

Varidel, que era de buena pasta, sonrió.

—Tienes razón, hijo mío. ¿Cómo lo has de saber? Pero con inteligencia se aprende todo. Espero que en pocos años serás mi mejor oficial en el taller.

Un mes más tarde, nadie que hubiese llegado del pueblo habría reconocido al aldeanillo Tom en aquel muchacho que iba y venía por los salones de prueba, llevando en el brazo lujosas prendas de vestir, y vestido él mismo con elegancia y distinción.

Ninguno mejor que Tom para cobrar las cuentas y recorrer la ciudad en todas direcciones sin equivocar jamás el rumbo. Nadie como él para apuntar con exactitud las medidas de las prendas que había que hacer. Un mes tan sólo, y ya Varidel, que no encontraba indispensable a nadie, no se la pasaba sin tener a su lado a Tom.

Había comenzado a enseñarle el corte, y Tom, cuya disposición era general, en poquísimo tiempo se hizo cargo del número de piezas que forman una casaca y de las que constituyen un pantalón. Sabía ya perfectamente doblar la tela según el molde lo pedía y cortar cuatro o seis delanteros a la vez. Ninguna mano tan segura como la suya para dibujar con el jabón sobre el paño; para señalar las rectificaciones, para indicar los ajustes, para marcar las pestañas, para planchar las costuras. Su habilidad en todo lo que era de manos y de inteligencia saltaba a la vista.

En pocos meses Tom se había hecho indispensable no sólo en el taller, sino en la misma casa del gran cortador. Su mujer le encomendaba el desempeño de

asuntos delicados; sus dos hijos, Raúl y Rubén, le pedían consejo para todo, y su hija Gloria, algo mayor que Tom, le hacía también mil encomiendas: la compra de esta o aquella cinta, algún pasador para el cabello, algún perfume, tal o cual juguete para el tocador...

Tom no podía quejarse del trato de Varidel y de su familia: todos parecían quererle bien.

El tiempo se había deslizado furtivamente, como ratoncillo que se acoge a los rincones; porque el tiempo es así; nadie le mira correr, nadie nota sus excursiones a un solo sitio, sino cuando ya devoró las mejores hojas de un libro adorado, o cuando ya se llevó a otro lugar lo que era parte de nuestra vida... Sólo así se explicaba que Tom, pasados algunos años, hubiese dejado de tener la vista fija en el pueblo natal y se hubiera convertido en un mozo risueño y bien trajeado, que sabía llevar los cabellos a la moda y pasar las tardes de los domingos ya en el teatro o ya en algún paseo por el campo, invitado amablemente por la familia Varidel.

Mucho tiempo hacía ya que el tío Lucas descansaba a la sombra de un árbol en el cementerio del pueblo; pero antes de morir supo bien, por las frecuentes cartas de Varidel y de Tom, y hasta por los tres o cuatro viajes que hizo él mismo a la corte, que su sobrino era ya un mozo de provecho, listo para trabajar por su propia cuenta si así lo deseaba. Gracias a esto, aquel buen viejo

pudo cerrar los ojos con tranquilidad completa. ¡Pobre tío Lucas! Tom envió una suma regular para los gastos del entierro, mandando decir por su alma algunas misas, durante las cuales el sobrino derramó sinceras lágrimas por aquel buen hombre que había sido como su padre.

Después, el tiempo, ese tiempo ingrato que va corroyendo en el corazón y en la mente los antiguos sentimientos y los recuerdos lejanos, borró casi por completo el pasado de Tom.

Además, el mozo no tenía ya tiempo para sentarse en una silla a recordar los pormenores de su infancia; su vida estaba llena en todos los momentos. Durante el día, su trabajo en la casa de Varidel, y por la noche, sus asuntos propios: arreglar apuntes y papeles, estudiar contabilidad, practicar en la máquina de escribir, aprender francés e inglés, dos idiomas que a Varidel le habían abierto muchas puertas; en fin, tantas cosas que era preciso ordenar, dirigir, disponer...

Tom tenía ya en el banco una buena suma ahorrada, pues su proyecto era instalarse por su propia cuenta. Todas estas cosas le obligaban a vivir la vida de presente. Él no sabía lo que era ir por la calle con el paso mesurado, deteniéndose de cuando en cuando ante este o aquel escaparate para contemplar tanta cosa hermosa como se expone a diario en ellos; su marcha era preci-

pitada, violenta, y más de una vez derribó en la acera a algún viandante distraído.

Le parecía que así, apresurándose en todo, llegaba más prontamente a la meta de sus planes. Era preciso instalarse ya y ser un hombre; porque a pesar de la gran altura que medía y del hermoso bigote rubio que llevaba con tanta seriedad, Tom no quería juzgarse un hombre sino hasta que ya estuviese trabajando por su propia cuenta. Y a eso se debía la precipitación con que iba por la vida.

Hasta cuando estaba en el campo con Varidel y su familia hubiera querido que las horas volasen. La campiña, sin embargo, convidaba a la contemplación; una vereda de sauces se dibujaba a lo lejos, cruzada a veces por pastores que conducían sus rebaños, o por grupos de aldeanos que pasaban cantando en coro. La distancia dulcificaba aquella música, y una honda poesía se extendía por todas partes. El mismo Varidel, que era un hombre práctico, se abandonaba a la dulzura y paz que ofrecían esos momentos, y hasta Gloria, su hija, que por naturaleza era dada a las expansiones joviales, guardaba silencio para gozar de esos instantes. Pero Tom, aunque percibía mejor que todos aquel ambiente de belleza delicada, no cesaba de exclamar para sí: “Aún no tienes derecho a recrearte; hazte un hombre, y entonces podrás gozar de las cosas”.

Y como casi nunca son vanos los esfuerzos que se dirigen a alcanzar un objeto que depende de la constancia, del orden y de la economía, Tom logró por fin la realización de sus proyectos.

Los vecinos de la calle Mayor vieron una mañana levantarse las cortinas de un gran escaparate donde había varios maniqués de caballero, vestidos de un modo irreprochable. Las telas estaban llenas de novedad y dispuestas hábilmente para que los dibujos y los tonos lucieran. Las prendas parecían pintadas, porque en ellas no se advertía por ninguna parte la menor arruga; su corte era la última palabra de la moda y la elegancia, y hasta las mismas costuras desaparecían, debido a la presión eficaz de una plancha de nuevo invento que se aplicaba por primera vez en la ciudad. Aquel escaparate era la revelación de que un sastre artista ofrecía sus trabajos al público; y ese sastre era Tom. El mozo había logrado por fin su mayor anhelo. Y no hay para qué decir que comenzó su negocio con estrella propicia. La vitrina hablaba claramente de lo que era capaz el jefe y dueño de esa casa; y la clientela acudió al instante.

Varidel, que era un hombre honradísimo, estaba encantado del éxito, y el día de la apertura de la nueva sastrería obsequió a su empleado con un banquete muy ruidoso.

Tom abandonó la casa de Varidel y se instaló modesta y juiciosamente en un departamento amueblado que había cerca de su tienda.

—¡Pobre tío Lucas! —solía exclamar el mozo cada vez que una fuerte suma caía en su caja—. Yo le hubiese traído a vivir conmigo, para pagarle en algo lo mucho que por mí se afanó y lo mucho que me quiso. Gracias a su previsión, he podido por fin hacerme un hombre de verdad...

Y lágrimas de gratitud humedecían sus mejillas.

—En efecto —decíale algún amigo—; hubiera sido muy justo que ese venerable viejo estuviese aquí pres-tándote compañía; pero sólo Dios sabe por qué no permitió una cosa que tan natural parece. Ahora, lo que te conviene más bien, es casarte. Necesitas alguien que además de ofrecerte grata compañía, vigile los intereses del hogar.

Tom asentía con la cabeza, y la vida seguía su curso natural.

Meses después, una noche en que el nuevo cortador había pasado la velada con los Varidel, el jefe de la casa le llamó a su despacho cuando ya se despedía.

—Mira —le dijo—, deseo manifestarte una idea que me ha venido. Sabes de sobra que mi hija Gloria es un modelo de bondad y de juicio. Pues bien: yo te la ofrezco por esposa. No me des una respuesta in-

mediata, porque tanto me preocuparía que formularas al instante un sí como un no. Esas cosas tan serias, que sólo se hacen una vez en la vida, deben pensarse concienzudamente. Medítalo, pues, reflexiónalo, estúdialo, y ya me dirás tu respuesta. Gloria ignora mis proyectos.

El joven iba a decir alguna cosa, pero Varidel puso inmediatamente una mano sobre los labios de Tom, y éste se vio forzado a callar. Guardó, pues, silencio, y pudo observar al partir lo que nunca antes de entonces había observado: que Gloria era una joven verdaderamente linda, con la cabellera ensortijada, el cuerpo fino y flexible y el rostro risueño.

Una vez que Tom estuvo ya tranquilo en su casa, se dio a pensar en las inesperadas proposiciones que Varidel acababa de hacerle. Efectivamente, Gloria le convenía para esposa. Era una joven bellísima, llena, además, de innumerables cualidades. La casa estaría perfectamente dirigida por ella, y él podría dedicarse con toda tranquilidad a los negocios de su tienda. No era posible, no, seguir en aquella existencia solitaria. Todos tenían una familia; solamente él iba pasando los años en la soledad más completa. Y si la vejez llegaba, o la muerte, ¡qué triste sería que le sorprendiera de ese modo, como un paria, como un postergado, como un abandonado!... No; no era posible continuar esa vida.

Sería preciso casarse; era necesario decir a Varidel que sus proposiciones habían sido aceptadas.

Y para responder como debía, consultó las libretas del banco y los cuadernos de las cuentas, con objeto de saber exactamente a cuánto ascendían sus haberes; hecho esto, que buen tiempo le llevó, arregló sus papeles y apuntes, calculó los gastos que un nuevo estado podía ocasionarle, sumó, restó, dividió, garabateó con lápiz y con pluma sobre muchos y muy variados papeles, y acabó por levantarse de la silla para ir hacia el armario en busca de algunos documentos importantes, entre ellos su fe de bautismo. Era necesario prepararla, porque sin ella nada se haría.

Tom removió cajones, desató paquetes, hurgó dentro de los baúles; pero aquel papel no aparecía por ninguna parte. De pronto, las manos atareadas del mozo tropezaron en el fondo del armario con un objeto duro que se resistía a salir. ¿Qué podía ser? El joven lo asió fuertemente y lo arrastró para sacarlo a la luz: era un pájaro de madera, un búho. ¿Un búho?... ¿Pero de dónde había podido venir a sus manos un animalejo semejante?... La luz de un recuerdo le hirió de pronto la mente: era un búho tallado por él mismo en su infancia; era un búho que había labrado para... ¿para quién?... ¡Ah, sí! La luz de otro recuerdo llegó a refrescarle la memoria, poniéndole delante a Ma-

riucha, la compañera de sus juegos. Sí, para ella había sido tallado ese búho.

Y Tom, encaminado de pronto hacia las memorias de la infancia, con el búho apretado en la mano, comenzó a pasar revista al viejo tiempo. Su aldea, su casa, la de Mariucha, el bosque donde los dos amigos cazaban mariposas y cogían gorrioncillos; el bosque donde erraban los dos en santa libertad, observando las hormigas y poniendo trampas para los camaleones... todo se le presentaba claro y fresco, lo mismo que antaño... ¡Qué existencia aquella, en pleno aire libre, dorada por el sol, mecida por los fuertes vientos, perfumada por todas las esencias de los árboles!... Tom, sintiendo que las lágrimas le subían a los ojos, se dejó caer en un sillón para llorar a gusto, y volvió a pasar revista a todo, recordando al tío Lucas, la última vez que le tuvo en los brazos allá en el pueblo junto a la verja del jardinillo, la última vez que contempló también su aldea natal, la última vez que vio a Mariucha... la niña tenía en esa noche un delantal color de lila, salpicado de florecillas blancas... y no había vuelto a verla. Tom recordó a su amiga tal como estaba entonces: pequeña, con las manos diminutas, con los cabellos sueltos, con los grandes ojos cargados de preguntas... ¡Ah, qué mal amigo había sido Tom al no volver a acordarse de ella! Aunque pequeña de cuerpo y de manos, Mariu-

cha tenía un gran corazón que se dolía de los animales muertos y de las mariposas cautivas. ¡Y no haber vuelto a escribirle!... Sería preciso reparar el daño. Tom le escribiría muy pronto para notificarle su casamiento con Gloria. ¡Cómo se alegraría de saber todo eso!...

El joven, siempre reclinado en el sillón, y con el búho en la mano, sintió de pronto que sus ojos comenzaban a cerrarse... ¿Era que el sueño le invadía?... No; aunque los objetos parecían huir muy lejos, Tom oía claramente la voz del búho... Sí, sí: la voz del búho, que hablaba y decía de este modo: “La ciudad te ha cambiado, viejo amigo; pero Mariucha, que no es ya la niña pequeñita de otro tiempo, sino una hermosa joven llena de encanto y muy discreta, te espera en el pueblo para casarse contigo, porque ella no ha dejado de quererte nunca...”.

Tom se estremeció en la silla, se pasó la mano por los ojos y fijó sus miradas en el búho. ¿Acababa de hablar el pájaro efectivamente?... Era indudable que no; todo había sido un sueño. Pero Mariucha... Mariucha... ¿sería verdad que le quería, que le aguardaba en el pueblo?...

Una repentina ansiedad le hizo levantarse de la silla y dar algunos pasos por la alcoba, como si los pies le pidiesen que se encaminara ya hacia la aldea para ir en busca de su amiga.

Y como si aquello hubiera sido una orden dada por un ser invisible, Tom, bañado completamente por los recuerdos de la infancia, influido en lo absoluto por ellos, y con un deseo poderoso, invencible, de verse con su amiga, de saber qué era de ella, de hablarle, de volver a vivir por algunos momentos su antigua vida, tomó de pronto esta resolución: marcharse al pueblo y buscar a Mariucha.

Durante esa noche no pudo Tom cerrar los ojos ni conciliar el sueño. Su amiga, convertida ya en mujer, estaba a cada momento junto de él para recordarle mil escenas lejanas: cómo habían educado entre los dos un ratoncillo del campo, cómo se habían construido una pequeña casa con piedras y ramas de encino, cómo saboreaban juntos dentro de ella la deliciosa merienda de la tarde...

Aquella cascada impetuosa de recuerdos tenía casi ahogado a Tom; los sollozos le subieron más de una vez a la garganta. ¿Cómo había podido vivir tantos años sin alimentarse con todo aquello, sin probar ese pan, que era el pan del sentimiento y de la dicha? No; había que repararlo todo. ¿Qué tenía él que ver con la ciudad? Sus raíces estaban en la aldea. Allí estaban sus padres enterrados; allí se hallaba el tío Lucas; allí había transcurrido su primera existencia; allí moraba su única amiga... era preciso ir a buscarla inmediatamente.

Los albores del amanecer encontraron al mozo despierto aún. Sin esperar a más, comenzó a preparar una maleta de viaje, dentro de la cual introdujo el búho; tomó un frugal desayuno, mandó llamar a su empleado principal y, después de encargarle que se hiciese un completo cargo de la tienda mientras él volvía, salió precipitadamente rumbo a la estación, compró un billete para el pueblo natal y se metió en el tren.

No le pareció tan largo el viaje cuando salió de su terruño; pero en esta ocasión lo encontraba interminable. De bruces en la ventanilla, miraba atentamente los árboles que iban pasando, mientras devanaba ideas y formaba planes. Después, fatigado de tanto cavilar, se reclinó en el respaldo del asiento y procuró calmarse, contemplando de tiempo en tiempo los horizontes rosados y el cielo azul, punteado a veces por bandadas de pájaros. Ya por la tarde, el ansia le obligó a bajarse en cierta estación para dar algunos pasos. Iba y venía precipitadamente, cuando un mozo corpulento se acercó a abrazarle.

—¡Cómo! ¿Eres tú, querido Tom? ¿Y hacia dónde te diriges?

—Voy al pueblo —díjole el cortador, pagando con efusión aquel abrazo—. Yo no he vuelto allí desde que era niño. ¡Cuánto me alegra encontrarte! Pero tú si habrás estado en nuestra tierra, ¿no es eso?

—Tampoco he vuelto —respondió el amigo—; pero vivo de lo de allá, porque mis compañeros de infancia me escriben a menudo.

—En ese caso sabrás muy bien dar razón de todos los que viven en la aldea.

—¡Ya lo creo! —respondió con énfasis el mozo—. Me sé al dedillo la lista de sus habitantes.

—Entonces —dijo con timidez nuestro amigo Tom—, entonces... podrás quizá decirme...

Pero no concluyó de formular su pregunta, porque la campana de la máquina anunció que el tren partía de nuevo, y los dos amigos tuvieron que separarse violentamente para subir a sus respectivos compartimientos.

Mas al detenerse otra vez la máquina en la próxima estación, que era la penúltima del viaje, los dos camaradas volvieron a buscarse en el andén.

—Estoy a tus órdenes —dijo a Tom su amigo—. ¿Por quién deseabas preguntarme?

—Pues... por una niña... es decir, por una joven que se llama... Mariucha del Bosque... ¿Sabes de ella?

—Mi querido Tom —respondióle el mozo—. ¿Tienes mucho interés por enterarte de la verdad?

—Sí —dijo Tom—; el mayor interés que puede existir en la vida.

—Siento mucho entonces no poder decirte alguna cosa lisonjera, porque según llegó hace tiempo a mis

noticias, esa pobre joven... ¡vamos!... ¿No lo comprendes?... La infeliz Mariucha... hace ya algunos años que está enterrada...

Si el silbato de la máquina no hubiera lanzado en ese momento un alarido estridente, los pasajeros habrían podido escuchar el doloroso grito de Tom. Su amigo le cogió violentamente por los brazos y lo arrojó dentro del compartimiento, como un paquete inútil que va al azar, sin motivo y sin dueño. Pero el tren, que sí sabía adonde iba, corrió vertiginosamente, lo mismo que un prófugo perseguido.

“¿Para qué haber hecho semejante viaje? —preguntábase Tom, abatido y desmoralizado, mientras el tren lo arrastraba hacia el pueblo—. ¿Qué atractivo puede ya tener para mí ese pedazo de tierra?...”

Pero como no iba a detener el tren, ni menos a bajarse en la soledad de la planicie, el pobre mozo se vio forzado a continuar el viaje.

¡Qué cosas de la vida! El día anterior ¡tan tranquilo, tan lleno de proyectos halagadores, tan henchido de esperanzas! Y poco después ¡qué amargura, qué desaliento, qué gran desilusión de todo!... ¿Para qué una hermosa tienda? ¿Para qué las comodidades? ¿Para qué los afanes y los proyectos? ¿Qué aliciente podían ya tener esas cosas? ¿Cuál era la recompensa de todo?...

Tom vio extenderse ante sí un inmenso vacío,

como un cielo plomizo y sin horizontes... hundió la cabeza entre las manos y se dejó arrastrar por la máquina, que parecía ser su terrible destino empeñado en llevarle hacia la desesperanza más negra.

De pronto, sintió que alguien le tocaba el hombro. Alzó los ojos y se encontró con otro paisano suyo.

—He venido luchando por reconocerte, hasta que por fin me he convencido de que eres tú. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué llevas esa cara tan triste?

Los dos amigos se abrazaron, y Tom contó despacio la dolorosa impresión que le había causado saber la muerte de Mariucha del Bosque, “porque era una amiga que él estimaba demasiado...”.

—¿Mariucha del Bosque?... ¡Pero si la pobre Mariucha no ha pensado en morir! Precisamente hace unos meses que recibí cartas del pueblo, y en ellas me hablaban de Mariucha.

—¡Es posible! —gritó con regocijo Tom, poniéndose en pie—. ¿Es posible?... ¿Conque no ha muerto Mariucha?

—¡Pero qué va a morir! —dijo el amigo—. Por el contrario, ha querido entrar a nueva vida, puesto que se ha casado...

Tom volvió a caer en el asiento, herido por un nuevo golpe. No sabía ya qué era peor, si el que se hubiese muerto o el que se hubiera casado...

En aquel momento el tren paraba en la estación final, y la gente se atropellaba por salir. El paisano de Tom le abrazó violentamente, y, sin darse cuenta del estado en que le dejaba, se echó a buscar sus maletines y bajó con ellos a toda prisa, perdiéndose bien pronto entre la gente que se amontonaba afuera.

Tentado estuvo Tom de no salir del tren, pensando que sería mejor quedarse allí escondido, como gato que se mete en alguna madriguera para huir de la persecución y los palos... pero tendrían que tomarle por loco los que allí le vieran. Era preciso, pues, salir cuanto antes y hacer lo que hacían los demás.

Mientras recogía la maleta y cambiaba su gorra de viaje por un sombrero, se trazaba el plan que debía seguir, obligado por lo imprevisto. Entraría en el pueblo sin darse a conocer y sin buscar a nadie. Se instalaría en cualquier casa de viajeros; visitaría el cementerio para rezar algunas preces sobre las tumbas de sus padres y del tío Lucas; volvería después a su albergue para pasar allí la noche, y al día siguiente, muy temprano, tomaría de nuevo el tren y se volvería a su casa.

Pero, ¡ay!, quizá más triste aún que el pueblo, encontraría de regreso la ciudad... no había ya un rincón para él... ¡Todo estaba perdido!...

Iba a ocultarse el rostro con las manos, invadido por la más negra desesperanza, cuando advirtió que un

empleado comenzaba ya a bajar los vidrios y a sacudir los asientos del vagón.

Tom cerró violentamente la maleta y salió con ella del tren.

—Caballero —le dijo un chiquillo en las puertas de la estación—, me ofrezco a llevar el maletín.

Tom lo puso en sus manos, y el chiquillo preguntó:

—¿Hacia dónde quiere el señor que le conduzca?

—Llévame —le dijo Tom— a la posada que esté más cerca de aquí, pues me siento muy cansado y deseo recogerme cuanto antes.

El chicuelo tomó la delantera, y Tom marchó detrás casi sin levantar los ojos, sintiendo una emoción profunda.

“No tengo valor para ver mi pueblo —se dijo— y no lo veré”.

Como un ciego, pues, recorrió las pocas calles que había de la estación a la posada, pagó al chiquillo y entró en el ancho zaguán de aquella casa.

Una joven que arreglaba las enredaderas en el corredor se adelantó para recibirle.

—Deseo pasar la noche aquí —dijo Tom—. Si hay una alcoba disponible...

—Puede el señor contar con ella —respondió la joven, abandonando las tijeras de podar y disponiéndose a atender al recién venido—. Mas habrá que inscribir

el nombre del viajero en el libro de la casa —agregó—. Pasemos por aquí.

La joven condujo al huésped a la modesta salita de recibo, sacó del cajón de una mesa un gran infolio, mojó la pluma en el tintero y preguntó cortésmente:

—¿El nombre del señor?...

—Mi nombre es Tom Rivera...

—¿Tom Rivera? —repitió la joven con gran asombro y con dulcísima voz—. Así se llamaba un amigo de mi infancia...

—¿Es posible?... ¿Hay otra persona que se llama como yo?

—¿Y por qué no había de ser la misma? —dijo la joven, clavando sus bellos ojos en el viajero—. Hasta creo observar en el señor rasgos muy claros de que es él la persona a quien hago referencia... Quizá mi nombre lo aclarase todo... si es que el señor tiene buena memoria.

—¿Cuál es ese nombre? —dijo Tom con ansiedad.

—Mariucha del Bosque..

—¡Mariucha querida! ¿Eres tú?... —gritóle Tom sin poder contenerse—. ¡La amiga preferida de mi infancia, y a la que vengo a buscar!...

Le había tendido la mano y estrechaba la suya con efusión. En su sorpresa había olvidado el mozo de que un marido era ya el único dueño de la hermosa

prenda que tenía delante; pero volviendo de pronto a la triste verdad, exclamó con desencanto:

—Perdona mis ímpetus efusivos; olvidaba completamente que puede no agradar a tu esposo...

—¡Cómo a mi esposo! —exclamó Mariucha con un grito más argentino que una campana de oro—. ¡Pero si yo no soy casada! ¿Quién ha podido decir semejante tontería?

Tom no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. ¡Conque Mariucha no se había casado! ¡Conque estaba más libre que el viento! Y esto aún, lo más delicioso: ¿conque ella, su amiga de la infancia, era aquella joven bellísima, cuyos ojos le veían en un éxtasis?...

—Pues mira —le dijo Tom—, ya te contaré despacio las diversas y tristes versiones que sobre ti he sabido en el camino; pero lo que ahora importa que sepas es el motivo que me trae al pueblo, y que es uno solo: pedir tu mano para llevarte conmigo.

—¿Es posible tal cosa? —exclamó Mariucha transportada de júbilo—. ¿Conque al fin se cumplió mi anhelo?...

—¿Tu anhelo? —preguntóle Tom, arrobado.

—Sí, mi anhelo —repitió con firmeza Mariucha—, porque como yo nunca he dejado de quererte...

¡Luego era verdad lo que el búho de madera había revelado la víspera!... Parecíale a Tom estar oyendo las

palabras del ave: “Mariucha es ya una hermosa joven, llena de encanto, que te espera en el pueblo natal para casarse contigo, porque ella no ha dejado nunca de quererte...”.

—¡Si tú adivinaras, Mariucha, cómo he sabido yo que me querías aún y que me esperabas!...

—Cuéntamelo todo —rogó la joven.

Y Tom, extasiado, contó a su amiga cómo al tomar el búho en sus manos cierta vez, el ave le aconsejó que fuese al pueblo por su amiga.

—Veo —dijo Mariucha— que el búho cumplió fielmente con mi encargo.

—¿Con tu encargo?...

—Sí, con él. ¿No recuerdas ya mi última carta? Mira, aquí guardo el borrador. Es la carta ingenua, pero sería, de una chiquilla.

Y Mariucha, sacando de un pequeño cajón un papelillo arrugado, leyó con su voz dulcísima:

Querido Tom:

Estoy muy triste de que te vayas; pero me alegro si es por tu bien. Ojalá que no te olvides de tu amiga Mariucha; y como dijiste que harías a ciegas lo que te dijese un búho, te dejo el mío para que te lo llesves, pues le he encargado que te aconseje cosas buenas y que te haga volver algún día...

—Ya ves —continuó Mariucha— que ese búho llevaba un serio encargo.

—Es verdad —dijo Tom—. Ha cumplido con él a maravilla. Parece increíble...

Y emocionado por la lectura de ese papel que acababa de refrescarle más vivamente aún el recuerdo tris-tísimo de aquella tarde en que salió del pueblo con el corazón destrozado, sin haber podido siquiera despedirse de su amiga, Tom, impresionado, dejó escapar un suspiro doloroso.

Pero la dulce voz le llevó nuevamente a la dicha actual.

—Y dime, querido Tom, ¿conservas aún el búho?

Por toda respuesta, el viajero se inclinó sobre el maletín que llevaba, hurgó unos instantes dentro de él, y sacó el animalejo.

—Aquí lo tienes.

Entonces tocó su vez a Mariucha para que en sus ojos temblasen las lágrimas...

—¡Querido y fiel consejero! —repetía dirigiéndose al búho—. Tendré que ponerte en jaula de oro para que me acompañes de por vida...

Luego volvió sus ojos asombrados hacia Tom, repitiendo emocionada:

—¡Parece mentira todo!...

Y así, frente a frente los dos, y conmovidos hasta

lo indecible, les sorprendió de pronto la señora Angélica.

—Nada te extrañe, madre mía —dijo al instante Mariucha—. Este caballero que aquí ves no es otro que Tom Rivera, nuestro viejo amigo, que viene a pedir mi mano...

La señora Angélica se arrojó en los brazos del viejo amigo, y éste contó en un momento cómo era ya un buen cortador de la escuela Varidel y cómo había llegado por fin a reunir una bella suma y a instalar una elegante casa de la que era dueño.

—Lo dije yo también —exclamó la señora Angélica—. De sobra repetí que los años correrían y que el día menos pensado veríamos a ese chiquillo hecho un hombre y hasta convertido en un caballero elegante, porque aprendiendo a cortar y a vestirse en casa de Varidel no podría ser de otro modo...

—Pues bien —dijo Tom—. Las predicciones de todos se han cumplido: aquí está de vuelta el caballero, y viene a pedir la mano de Mariucha.

Por toda respuesta, la señora Angélica volvió a arrojarse en los brazos de Tom, lo cual significaba el pleno consentimiento para la boda.

Y un mes después, Tom y Mariucha, casados ya, se instalaban alegremente en un pequeño departamento cerca de la tienda del gran cortador.

Y cuando algún vecino del pueblo partía para la ciudad y pedía las señas de la feliz morada de los esposos, se le respondía invariablemente, después de citar la calle y el número: “Su casa tiene dos balcones: en el uno hay crisantemos, y en el otro, una jaula dorada con un búho...”.

Madrid

NOTICIA DEL TEXTO

Esta primera edición electrónica de *El consejo del búbo* sigue la versión del volumen de relatos *El misterio de su muerte*, publicado por María Enriqueta Camarillo en Madrid (1926). Dos años antes, esta novela corta apareció en *El Universal Ilustrado* de la Ciudad de México. En 1969, Francisco Monterde la seleccionó para *18 novelas de El Universal Ilustrado*. También se recogió en *El consejo del búbo y otros cuentos* de la colección La Matraca, del Instituto Nacional de Bellas Artes y la editorial Premià.

MARÍA ENRIQUETA CAMARILLO
TRAZO BIOGRÁFICO

María Enriqueta Camarillo y Roa de Pereyra (Coatepec, Veracruz, 1872), hija de Alejo Ambrosio Camarillo Rebolledo y Dolores Roa Bárcena de Camarillo (hermana del político e intelectual José María Roa Bárcena). En 1887 inició sus estudios profesionales de piano en el Conservatorio Nacional de Música; producto de ello fueron algunos conciertos y audiciones, además de la composición de varias piezas de música popular. Durante algún tiempo se dedicó a impartir clases particulares de piano.

Bajo el seudónimo de Iván Moszkowski publicó un conjunto de poemas en *El Universal* de la Ciudad de México (1894). A principios de 1895, su primer cuento, “El maestro Floriani”, aparece en la *Revista Azul*. Al año siguiente, radicada en Nuevo Laredo, envía diversas colaboraciones a los periódicos *El Espectador* (Monterrey), *La Crónica* (Guadalajara) y a los capitalinos *El Diario* y *El Mundo Ilustrado*. En mayo de 1898 contrae nupcias con el historiador y diplomático Carlos Pereyra

Gómez (1871-1942), con quien pasa largas estancias en el extranjero.

Su primer libro, *Las consecuencias de un sueño. Poema en dos cantos*, fue publicado en 1902. Con buena recepción por parte del público y la crítica, *Rumores de mi buerto* aparece en 1908 (reeditado un par de años más tarde). En 1912, la casa Bouret encomienda a la escritora preparar una serie de libros de lectura para niños; publicados en 1914, los tomos de *Rosas de la infancia* se convertirían en los textos oficiales de educación primaria.

Entre 1925 y 1948, María Enriqueta Camarillo radicó en España, donde se desempeñó como traductora para Editorial América, dirigida por el venezolano Rufino Blanco Fombona (1874-1944). *Mirlitón*, su primera novela, se publicó en 1918, seguida de *Jirón de mundo*. Con el cuento “La revelación de las ánforas”, ganó el certamen convocado por la revista *Blanco y Negro*. En 1920 fue asignada como asistente de Xavier Icaza en la Comisión Mexicana de Investigaciones y Estudios Históricos en Europa. Al año siguiente se edita su primer libro de cuentos: *Sorpresas de la vida*, reeditado en Buenos Aires en 1924; posteriormente, publicó los volúmenes de relatos *Entre el polvo de un castillo* (1924), *Enigma y símbolo* (1926), *El misterio de su muerte* (1926), *Lo irremediable* (1928), *Cuentecillos de cristal* (1928), *El*

arca de colores (1929) y *Fantasia y realidad* (1933). *El secreto* (1922), su tercera novela, fue traducida al francés, italiano y portugués; ese mismo año dio a conocer el poemario *Rincones románticos*. Sus relatos autobiográficos y crónicas de viaje aparecieron en *Brujas, Lisboa, Madrid* (1930) y *Del tapiz de mi vida* (1931). Como homenaje a María Enriqueta Camarillo, la colección “Viajes al Siglo XIX” acaba de publicar *Rincones románticos. Una antología general*, coordinada por Esther Hernández Palacios.

Tras su repatriación, en 1948, la también ilustradora (*Álbum sentimental*, 1926) se instaló en la colonia Santa María la Ribera, donde publicó un tomo adicional de sus *Rosas de la infancia*. Falleció en la Ciudad de México el 13 de febrero de 1968.



El consejo del búho, se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 21 de junio de 2018. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YEBRA. La edición estuvo al cuidado de BRAULIO AGUILAR.